

algunos pasos para examinar de cerca el objeto de su temor y se espantan cada vez más. Una de ellas retrocede, hace un recorte y vuelve al campo; pero trata bien pronto de entrar por otro sitio, donde encuentra el mismo obstáculo. Entonces brilla un relámpago: el primer tiro viene á turbar el silencio de la mañana, óyese una segunda detonación, y después otra, y comienza el tiroteo, repetido por los ecos de los alrededores. Todo se agita; por todo el lindero del bosque resuenan los tiros; las liebres, desesperadas, corren de un lado á otro, tratando de encaminarse por los senderos conocidos de ellas, y se ponen así á merced de los cazadores. La matanza continúa hasta que ya es de día, y en aquel momento han desaparecido todas las liebres: las que no han sido muertas se han refugiado en los campos, y allí permanecen sin sospechar que después del acecho vendrá el ojeo. Los cazadores salen del bosque para recoger su caza, mas no todos han sido afortunados, porque es tan difícil apuntar bien al amanecer, que comunmente es mayor el número de tiros perdidos que el de las liebres heridas.

El acecho solitario por la tarde ofrece también mucho atractivo para el cazador joven é inexperto, que no podría encontrar mejor ocasión para ejercitarse. La liebre que sale trotando del bosque recorre muchas veces el mismo camino, hasta que al fin, creyéndose segura, se sienta y permanece inmóvil, y entonces nada más fácil que dispararle.

El acecho es asimismo muy conveniente para exterminar animales carnívoros, porque entonces se ven comadrejas, zorros y martas, que se pueden atraer fácilmente, imitando el chillido de los ratones, de los lebratos y de las aves de rapiña que van á pasar la noche en el bosque. Para el naturalista es la caza al acecho la que ofrece más interés y la más instructiva, sobre todo al amanecer, porque puede observar á los animales apenas despiertan de su sueño y ve lo que hacen cuando reposan y están tranquilos. Más de un cazador prefiere el acecho á otro género de caza, pues de este modo no le abandona nunca la esperanza.

No hablaré aquí de otras cacerías, y principalmente de aquella en que se persigue á la liebre á la carrera, muy de moda entre los ingleses, y que se reduce á mucho ruido y poco fruto. Sólo haré notar que la caza de la liebre no produce en ninguna parte como en Alemania, aun en la actualidad, á pesar de las nuevas leyes que permiten á los campesinos disfrutar de esta diversión. En Francia, en Bélgica, y particularmente en la Europa meridional, las liebres escasean mucho más. Cuando Leonor, Reina de Francia, fué á visitar á

la corte imperial en Bruselas (1550), recibió diariamente para su mesa 128 libras de carne de vaca, de carnero y de ternera, y cuanta quiso de cerdo, pero sólo dos liebres; y en una cacería real, que duró seis días, se mataron 208 jabalíes, 960 ánades salvajes y sólo cinco liebres.

III

Cautividad.—Las liebres pequeñas se domestican perfectamente y se acostumbran muy pronto al mismo alimento que toman los conejos, pero son delicadas y no es larga su existencia. Cuando sólo se les da heno, pan, avena y agua, sin nada de verde, viven más tiempo. Si se ponen liebres jóvenes con viejas, éstas las matan. Los demás animales pequeños sufren la misma suerte á juzgar por el hecho de haber encontrado yo una vez una rata muerta y medio devorada en el recinto de las liebres que teníamos en el jardín. Viven, no obstante, en buena inteligencia con los conejillos de Indias y se aparean con los conejos.

Los mestizos de liebre y de conejo, ó lepóridos, son bastante fecundos, según lo ha demostrado Brocá. Un tal Roux, vecino de Angulema, que se dedica á la cría de estos animales, entrega anualmente á la venta, desde hace algún tiempo, miles de lepóridos, los cuales son fecundos entre sí y con las especies vecinas. Los mestizos de tres octavos, es decir, los que tienen un cuarto de conejo y tres de liebre, son los mejores, y se han obtenido con ellos crías hasta la décimatercera generación sin que su fecundidad haya disminuido aún. La hembra pare seis veces al año, de cinco á seis pequeños en cada una. Brocá ha reconocido que el propietario tenía especial cuidado para hacer los cruzamientos. Separaba ó reunía sus animales según las circunstancias, y designábalos con nombres ó cifras. Resulta, pues, ser positivo que entre los roedores pueden producir hijuelos fecundos las especies distintas.

Los lebratos jóvenes se familiarizan hasta el punto de acudir al llamamiento del hombre, tomar el alimento en su mano y aun aprender algunas habilidades; pero las liebres viejas son, por el contrario, estúpidas, y no se acostumbran á su amo nunca. Las liebres cautivas son muy vivas y alegres. Divierten con sus saltos y su inalterable docilidad, mas nunca pierden su natural timidez. «Nada más curioso,—dice Lenz,—que entrar en la jaula de una liebre con una hoja de



Cuando menos se piensa...

papel blanco en la mano. El animal se pone fuera de sí, trata de huir y subir por las paredes y da saltos de más de medio metro de altura. Cuando se las pone en libertad vuelven pronto á su estado salvaje. Su inteligencia es muy limitada.

Usos y productos.—Apenas compensa la utilidad que puede dar la liebre los daños que ocasiona. Su carne succulenta y su piel pagan, cuando más, su mantenimiento, pues vive á expensas del hombre. En Rusia se utiliza mucho la piel de este animal. En Bohemia, célebre desde hace mucho tiempo por la fabricación de sombreros, se emplean más de 40,000 todos los años. Despojada de su pelaje y bien curtida, sirve para hacer zapatos, una especie de pergamino y cola fuerte.

En la terapéutica antigua tenían su importancia los pelos, la grasa, la sangre, el cerebro, los huesos y los excrementos de la liebre; y aun hoy día hay gentes que, crédulas, usan la piel y la grasa para combatir diversas enfermedades.

Durante mucho tiempo han creído algunos que la liebre era un ser hechizado. En el siglo último le consideraban como un hermafrodita que podía cambiar de sexo á su antojo. Los surcos que forman en las sementeras son todavía, para ciertas personas, senderos trazados por las brujas.

IV

La liebre variable (Lepus variabilis).—No se sabe aún si las liebres variables de los Alpes y del norte pertenecen ó no á la misma especie, pero sí podemos decir que ambas son hijas fieles de su patria. Su pelaje se armoniza con el tinte del centro que habitan.

Caracteres.—La liebre de los Alpes es blanca en invierno, y sólo se conserva negra la punta de las orejas. En verano tiene un color gris uniforme, sin manchas.

Las liebres que habitan en Irlanda no llegan á ser nunca blancas, y se han considerado como una especie aparte (*Lepus hibernicus*).

Las que se encuentran en los países polares no son grises en verano, sino siempre blancas; y con ellas se ha formado también una especie distinta, dándole el nombre de *liebre de los hielos (Lepus glacialis)*.

Las de Escandinavia son también liebres de las nieves. Las unas tienen el color blanco, excepto el extremo de las orejas, que es negro; y las otras gris pardo. El bozo es de un gris pizarra, y los pelos de un pardo rojo sucio en su centro y blancos en la punta, color que parece accidental. Dícese que los hijuelos de

un mismo parto presentan á menudo estas dos coloraciones.

Omitiremos el entrar en más extensos detalles á fin de ocuparnos desde luego en las costumbres de las liebres. De todos los naturalistas conocidos, Tschudi es el que nos ha dejado la mejor descripción de la liebre variable, y por lo tanto copiaré aquí lo que dice:

«La liebre parda ó gris de las montañas, más robusta que la de la llanura y de mayor tamaño, no se eleva mucho en la región alpina, donde está representada por la liebre blanca, variable ó de los Alpes (*Lepus variabilis*).

Este animal, que habita también las regiones septentrionales de Europa y Asia, busca las localidades más frías de las partes de nuestros Alpes que son habitables aún.

La liebre de las nieves constituye positivamente una especie particular, y se diferencia de la otra por la estructura de su cuerpo y por sus costumbres. Es más vivaz, más ágil y atrevida; tiene la cabeza más redondeada, la frente más arqueada, y no tan larga la nariz; las orejas son también menos largas, y más anchas sus mejillas; las piernas posteriores más prolongadas, la planta de los pies más vellosa y los dedos más separados y móviles, provistos de uñas largas, muy puntiagudas, ganchudas y retractiles. Los ojos no son rojizos como en las variedades albinas y enfermitas designadas con los nombres de *conejos, ardillas, y ratones blancos*; y hasta son más oscuros que los de la liebre ordinaria. La de los Alpes es algo más pequeña que la de las montañas, pero los machos viejos pesan hasta doce libras, y aun se han matado algunos de quince en el cantón de los Grisones. Una comparación exacta entre una liebre de los Alpes que había llegado á la mitad de su crecimiento, y una ordinaria de la misma edad, nos ha demostrado que la primera parecía ser mucho más ágil y menos tímida que la segunda. Sus tibias están más arqueadas, la cabeza y el hocico son menos largos, las orejas más pequeñas, y los tarsos posteriores más prolongados que en la liebre ordinaria. Esta última era más tímida que la de los Alpes y dormía más.

V

Los cazadores del cantón de los Grisones distinguen dos variedades de liebres, que son blancas en invierno, y á las que dan el nombre de *liebres de los bosques y liebres de las montañas* las primeras, que

no traspasan el límite de los bosques, ni aun en verano, son mayores, al paso que las otras son más pequeñas, con la cabeza más voluminosa.

En el mes de diciembre, cuando todos los Alpes se llenan de nieve, la liebre que allí habita es tan blanca como el immaculado manto que cubre la tierra, y sólo el extremo de sus orejas es el que se conserva negro. El sol de la primavera produce notables cambios en el

color de su pelaje durante el mes de mayo. El lomo comienza á ponerse gris, y los pelos aislados de este color aparecen cada vez más abundantes en medio de los pelos blancos de sus costados. En el mes de abril presenta manchas irregulares, de día en día va predominando el color gris pardo sobre el blanco, y desde mayo adquiere nuestra liebre un color gris pardo uniforme, que no ofrece visos como el de la liebre ordi-



Justicia rural

na: bien es verdad que el pelaje de ésta es más basto que el de la alpina. En el otoño, apenas caen las primeras nieves, aparecen entre los pelos pardos otros grises; pero como en los Alpes se declara el invierno más pronto que la primavera, este cambio de color se termina antes, verificándose en algunas semanas, desde principios de octubre hasta mediados de noviembre. En el momento en que las gamuzas adquieren un pelaje más oscuro, su compatriota la liebre es ya entera-

mente blanca. Esta transformación presenta varios fenómenos interesantes. No se verifica en una época determinada, sino que depende de la temperatura, por manera que es más rápida cuando el invierno es precoz ó se apresura la primavera marchando á la par con la del armiño y la del lagopo, sujetas á las mismas leyes. La coloración nueva que se forma en el otoño depende seguramente de la muda de invierno, por cuanto los pelos grises caen y los sustituyen otros blan-

cos. En la primavera no sucede así: la transformación de color se opera en el mismo pelo; los más largos de la cabeza, del cuello y del lomo, se vuelven pardos á partir de la raíz, y el bozo fino y blando adquiere un tinte gris. Sin embargo, no es seguro que se verifique en el mismo tiempo una muda parcial. Con su pelaje de verano, se diferencia la liebre de los Alpes de la ordinaria por tener un color gris aceitunado, con mezcla de negro, mientras que la segunda es más bien parda rojiza con menos negro. En la primavera se conserva el vientre blanco, así como una parte de la oreja, y en la otra la parte superior del cuerpo es amarillenta y blanca.

VI

La liebre ordinaria se presenta algunas veces como variedad blanca ó albina, mas no puede confundirse con la especie de los Alpes, porque tiene los ojos sonrosados como los albinos y es blanca durante todo el año.

Considérase, el cambio de color de que hablamos, como un presagio que anuncia la llegada del invierno ó de la primavera. Samont, prior del monasterio de San Bernardo, que opinaba de este modo, escribía el 17 de agosto de 1822 lo siguiente: «Tendremos un frío muy riguroso, pues la liebre de los Alpes se cubre ya del pelaje de invierno.» Para nosotros no es el cambio de coloración, sino la consecuencia del tiempo; y el pobre animal puede quedar muy mal parado, por lo que toca á sus supuestas profecías, cuando vuelve el frío y la nieve después de haberse aclarado su pelaje de invierno. Asígurase que la liebre, también de los Alpes, nace con sus dientes, y que éstos cambian de tal modo que, cuando es vieja, tiene los incisivos amarillos y los molares negros. Cuanto más avanza en edad, más se prolongan y se espesan los pelos de su mostacho.

La liebre variable habita en las regiones septentrionales y en los Alpes de Saboya, Suiza, Tirol y Estiria. Puede tenerse la seguridad de verla por las alturas en todos los cantones que cubren esta cadena ó sus ramales, pero no es tan común como la liebre ordinaria en el llano.

Donde los bosques se elevan á grande altura, allí aparece más abundante este animal que en las localidades en que terminan aquéllos en niveles inferiores: así se observa, por ejemplo, que en el Sentis escasea

mucho. La liebre de los Alpes no puede prosperar en los lugares desprovistos de bosques y donde en vez de jarales sólo se encuentran pedruscos. Las cornejas y los cuervos se apoderan de las crías, y hasta los machos viejos son presa de los zorros y de las águilas. Los límites verticales de la región que habita no están muy distantes. En verano, ó comunmente durante una gran parte del año, vive entre los últimos abetos y las nieves eternas, á las mismas alturas que el lagopo y la marmota, es decir, entre los 5,500 metros y 8,000 metros; pero prolonga sus excursiones á mucha mayor altura, puesto que Lehmann vió una de estas liebres á 11,000 metros en los picachos del Wetterhorn. El invierno la obliga á bajar un poco más á los bosques que le sirven de abrigo, y donde encuentra algunos sitios sin nieve; pero rara vez se arriesga á establecerse en horizontes inferiores á 3,000 metros, volviendo pronto á emprender el camino de sus queridas alturas.

Digamos ahora cuál es, poco más ó menos, el género de vida de este animal. Albergase entre las piedras, en una excavación ó bajo un pino caído. El macho se echa con la cabeza levantada y las orejas rectas, al paso que la hembra la apoya sobre las patas anteriores ó inclina las orejas. A primera hora, y aun de noche, macho y hembra abandonan sus camas para ir en busca de alimento. Mientras comen mueven las orejas, levantan la cabeza y olfatean por todas partes para asegurarse que no les acecha ninguno de sus numerosos enemigos: los hombres, los zorros, las águilas y los halcones. Su alimento favorito consiste en trebol de diversas especies, matricaria, violetas, sauces enanos y corteza de dafne. Jamás tocan el acónito y los eléboros, por escaso que sea el alimento y por hambre que tengan, pues conocen que estas plantas podrían serles funestas. Cuando han comido bastante, se echan en la yerba ó sobre una piedra caldeada por el sol, y entonces no es fácil descubrirlos, atendido á que su color es casi el mismo del terreno. Rara vez bebe la liebre variable. Por la tarde va á comer de nuevo, ó bien pasea un poco, saltando alrededor de la roca ó entre la yerba, sin dejar de ponerse derecha de vez en cuando; y pasado cierto tiempo vuelve á su retiro. Durante la noche se halla expuesta á las acometidas de las martas, de los voses y de los zorros. El gran buho, que podría apoderarse fácilmente de ella, no habita ya en aquellas alturas. Las aves de rapiña de gran tamaño suelen acosarla con frecuencia; y últimamente se vió en las montañas del Apenzell un águila que, posada en un abeto, cayó sobre una liebre y la arrebató por los aires á la vista del cazador que la perseguía.